

CARTA PASTORAL NÚMERO 25

- El naturalismo es una herencia del Renacimiento, que preconiza el empleo de la razón en la naturaleza para, supuestamente, conservar la salud, excluyendo a Dios en la iluminación de la inteligencia y la razón. También ataca la fe, ya que dice que solamente se puede creer en lo que se ve y se toca.
 - Monseñor Builes, en esta pastoral, describe, define y explica lo que en realidad esconde el naturalismo reinante, importado de la Revolución Francesa y Bolchevique de Rusia. Exhorta a los intelectuales a que vuelvan a creer en Dios para tener una espiritualidad sólida y firme, ante los ataques de estas ideas, que traen odios, rencores, discriminación y caos social.
-

2 de febrero de 1940

NATURALISMO REINANTE

Monseñor Miguel Ángel Builes

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede apostólica, obispo de Santa Rosa de Osos, al venerable clero y a los fieles de nuestra Diócesis, salud y bendición en nuestro Señor Jesucristo.

Debiendo dirigiros nuestra pastoral de Cuaresma de este año de 1940, hemos meditado largamente sobre el asunto que habríamos de trataros, y se nos han aglomerado en confuso tropel todas las abominaciones del siglo actual con sus ideas falsas, su horrenda corrupción y su oceánica malicia, y, a fuerza de tan abundante materia, nos hemos quedado perplejos. Puntualicemos, empero, amados hijos nuestros, y echemos una ojeada sobre el naturalismo reinante hoy, que descristianiza el mundo y lo paganiza con aterradora celeridad, atrayendo sobre él desgracias sin cuento y obligándole a cavar él mismo la fosa en que va a sepultarse si prosigue por el derrotero que ha emprendido.

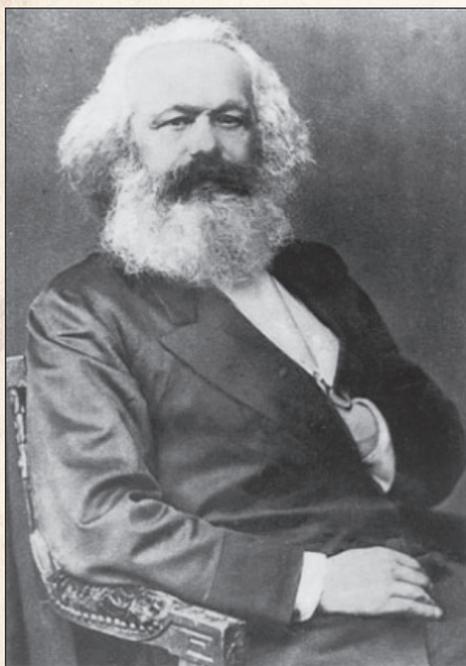
El mundo ha abandonado los caminos del amor, que vivifica y salva, y se ha encaminado por las vías del odio, que descristianiza y mata. Dejó la caridad que Cristo vino a traer a la tierra y por la cual se conocen los hijos de Dios: *In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem* ("Todos conocerán que sois discípulos míos en una cosa: en que os tenéis amor los unos a los otros" [Juan 13, 35]) y prefirió los senderos extraviados del rencor y la venganza, que engendran las revoluciones, la destrucción, las matanzas, la ruina y la desolación. Cristo ha sido postergado y, porque el mundo dio la espalda a Cristo, llueven en la actualidad tantas miserias sobre la humanidad.

I

Situación actual del mundo

El Renacimiento prepara esta fatal descristianización del mundo, patrocinando en la literatura y el arte el escepticismo de los antiguos griegos y latinos. El protestantismo, con

su libre examen, niega a la Iglesia su autoridad divina y se separa de Dios, llegando en la actualidad a la negación rotunda de la divinidad de Cristo, como lo hacen todos los profesores de teología de las universidades luteranas de Alemania, según lo afirma el cardenal Mercier²⁸. El naturalismo, tercer eslabón de esta fatal cadena en que gime aprisionada la humanidad, aunque en sus orígenes no negó a Dios, pronto llegó a la exclusión de la divinidad, en el orden intelectual con el racionalismo, en el orden de las costumbres con la moral independiente y en el orden social con el liberalismo. La inteligencia buscó la verdad fuera de Cristo, que es la verdad por esencia, y encontró el error. En la educación pública se introdujo el laicismo, es decir, la exclusión de Dios, y se formaron impíos; en las costumbres se prescindió del Evangelio, quiso el hombre independizarse de Dios y lo alcanzó hundiéndose en el bátraco de la más abominable disolución; el matrimonio se ha convertido en un juego diabólico merced a la intromisión de los gobiernos en este fuero sagrado, por el establecimiento del divorcio; se estableció el control de la natalidad para disfrutar del placer sin las cargas, violando el mismo orden de la naturaleza.



En el siglo pasado aparecieron dos hombres fatídicos, que apresuraron la vorágine abismal en que se está hundiendo la humanidad: Kant y Carlos Marx. El primero es el más grande corruptor de ideas del siglo XIX, dice el cardenal Mercier. En el orden especulativo, según la teoría kantiana, no se puede probar que hay Dios; y aunque afirme la ley del deber, no habiendo un Dios que imponga esa ley, el hombre será, necesariamente, su propia ley en el orden moral. *Ipsi sibi sunt lex* ("Para sí mismos son ley" [Romanos 2, 14]), dice San Pablo. Y si uno mismo es su ley es un impío: ni Dios ni ley ni vida cristiana. Y a esta meta tiende el mundo actual.

Carlos Marx, por su parte, sembró la semilla del socialismo, del comunismo y del soviétismo; semilla de revoluciones que jamás imaginó él mismo, en las que los de abajo se vuelven contra los de arriba, los pobres contra los ricos, los súbditos contra los gobernantes, los obreros contra los patronos; todo se subvierte, se revuelve: las empresas se paralizan, vienen el hambre y la miseria sobre los individuos y las familias; ármense revoluciones sangrientas y viene como consecuencia la tiranía. Ya no es la negación de Dios lo que sostienen estos hombres así envenenados, es la exclusión de un Dios reconocido pero aborrecido hasta pretender arrojarse de su trono, desalojarlo de los corazones y de las sociedades, clamando con la rabia de los judíos en Jerusalén: "No queremos que ése reine sobre nosotros" (Lucas 19, 14). Y para sostener y propagar tan horrenda doctrina establecen la asociación de los sin Dios, que, iniciada desde la época de Lenin en las estepas rusas, se ha venido infiltrando con vertiginosa rapidez en todos los países de la tierra.

Rusia, la cuna del bolcheviquismo, se convirtió en un mar de egoísmos y de odios, de lágrimas y sangre, de muerte y destrucción. México ha quedado convertido en un montón de ruinas espirituales y morales porque de él se ha adueñado el monstruo moscovita. España, la cristiana España, en choque descomunal de tres años, quebrantó en su suelo a los sin Dios, pero, exangüe y moribunda, en titánico esfuerzo, lucha por renovarse de entre las cenizas como el fénix. Europa entera se estremece en convulsiones de muerte: un cataclismo sin precedentes la estruja en estos momentos y, si no interviene la Divina Providencia, se hundirá irremediabilmente porque ha abandonado a Dios, y sin Cristo no hay restauración posible, ni en el orden político ni en el orden social.



Las aves del cielo huyen para dar lugar a que se espacien, terroríficos, los aviones de guerra destruyendo las ciudades y sembrando la muerte; retumbando está la tierra al ronco retumbar de los cañones de guerra, los fusiles y las bombas en todos los valles y hondonadas; crujen los tanques guerreros y gimen dolorosamente los millares de soldados moribundos; los mares abren sus senos para engullirse por millones de toneladas los barcos guerreros y mercantes con sus millares de soldados y marinos; cúbrense de luto los

hogares de los combatientes; el hambre y la miseria se enseñorean sin piedad de las familias. Es la guerra, la implacable guerra, hija del odio y del olvido de Cristo; es la guerra que extiende aun hasta nosotros su garra despiadada para sembrar la angustia por la siniestra previsión del porvenir y por el desequilibrio económico y social. Todo esto como resultado de una profunda crisis espiritual, que tiene trastornado el mundo porque abandonó a Cristo.

Oigamos con reverencia a nuestro augusto pontífice Pío XII en su primera encíclica, *Summi Pontificatus*, del 20 de octubre del año pasado:

“La época actual, venerables hermanos, además de añadir a las desviaciones doctrinales del pasado nuevos errores, los ha empujado a extremos de los que no se pueden seguir sino extravío y ruina. Y ante todo, es cierto que la raíz profunda y última de los males que deploramos en la sociedad moderna es el negar y rechazar una norma de moralidad universal, así en la vida individual como en la vida social y en las relaciones internacionales; el desconocimiento, en una palabra, tan extendido en nuestros tiempos y el olvido de la misma ley natural, la cual tiene su fundamento en Dios, criador (sic) omnipotente y padre de todos, supremo y absoluto legislador, omnisciente y justo juez de las acciones humanas. Cuando se reniega de Dios, se siente sacudida toda base de moralidad, se ahoga o, al menos, se apaga notablemente la voz de la naturaleza que enseña, aun a los ignorantes y a las tribus no civilizadas, lo que es bueno o malo, lícito o ilícito, y hace sentir la responsabilidad de las propias acciones ante un juez supremo”.

“Ahora bien: la negación de la base fundamental de la moralidad tuvo en Europa su raíz originaria en la separación de aquella doctrina de Cristo de la que es depositaria y maestra la Cátedra de Pedro; que un tiempo diera cohesión espiritual a Europa, que, educada, ennoblecida y civilizada por la cruz, llegó a tal grado de progreso civil que se hizo maestra de otros pueblos y de otros continentes. Al contrario, abandonado el magisterio infalible de la Iglesia, no pocos hermanos separados llegaron hasta negar el dogma central del cristianismo, la divinidad del Salvador, acelerando así el proceso de disolución espiritual”.

“Narra el sagrado Evangelio que, cuando Jesús fue crucificado, las tinieblas invadieron toda la superficie de la tierra (cf. Mateo 27, 45): símbolo espantoso de lo que sucede, y sigue sucediendo espiritualmente, dondequiera que la incredulidad, ciega y orgullosa de sí, ha excluido de hecho a Cristo de la vida moderna, especialmente de la pública; y con la fe en Cristo ha sacudido también la fe en Dios. Los criterios morales, según los cuales en otros tiempos se juzgaban las acciones privadas y públicas, han caído como por consecuencia en desuso; y el tan decantado laicismo de la sociedad que ha hecho cada vez más rápidos progresos, sustrayendo el hombre, la familia y el Estado al influjo benéfico y regenerador de la idea de Dios y de la enseñanza de la Iglesia, ha hecho reaparecer, aun en regiones en que por tantos siglos brillaron los fulgores de la civilización cristiana, las señales de un paganismo corrompido y corruptor, cada vez más claras, más palpables, más angustiosas: ‘Las tinieblas se extendieron mientras crucificaban a Jesús’ (cf. Mateo 27, 45)”.

“Muchos, tal vez, al alejarse de la doctrina de Cristo, no tuvieron pleno conocimiento de que eran engañados por el falso espejismo de frases brillantes que proclamaban aquella separación, como liberación de la servidumbre en que anteriormente estuvieran retenidos; ni preveían las amargas consecuencias del lamentable cambio entre la verdad que libra y el error que reduce a esclavitud; ni pensaban que, renunciando a la ley del Dios, infinitamente sabia y paterna y a la unificadora y ennoblecadora doctrina de amor de Cristo, se entregaban al arbitrio de una prudencia humana pobre y mudable: hablaban de progreso cuando retrocedían, de elevación cuando se degradaban, de ascensión a la madurez cuando se esclavizaban; no percibían la vanidad de todo esfuerzo humano para sustituir la ley de Cristo por algo que la iguale: se infatuaron en sus pensamientos (cf. Romanos 1, 21)”.



“Debilitada la fe en Dios y en Jesucristo, y oscurecida en los ánimos la luz de los principios morales, se quitó el apoyo al único e insustituible fundamento de aquella estabilidad y tranquilidad, de aquel orden interno y externo, privado y público, únicos que pueden engendrar y salvaguardar la prosperidad de los Estados”.

“Ciertamente que, cuando Europa fraternizaba en idénticos ideales recibidos de la predicación cristiana, no faltaron disensiones, sacudimientos y guerras que la desolaron; pero, tal vez, jamás se experimentó más penetrante el desaliento de nuestros días sobre la posibilidad de arreglo;

estando viva entonces aquella conciencia de lo justo y de lo injusto, de lo lícito y de lo ilícito, que posibilita los acuerdos, mientras refrena el desencadenarse de las pasiones y deja abierta la vía a una honesta inteligencia. En nuestros días, por el contrario, las disensiones no provienen únicamente del ímpetu de pasiones rebeldes, sino de una profunda crisis espiritual que ha trastornado los sanos principios de la moral privada y pública”.

Hasta aquí la encíclica.

II

Situación actual de nuestra patria

Mas no creáis, venerables sacerdotes y amados hijos nuestros, que la sentida queja del augusto Pontífice se refiere solo a Europa: no; él habla al mundo entero y deplora esa descristianización que va invadiendo todos los pueblos y naciones. También Colombia, nuestra patria, participa de estos males, de esta crisis espiritual, de este fatal naturalismo que la hundirá también, si Dios no nos tiende su mano misericordiosa y el pueblo colombiano vuelve sobre sus pasos.

Es verdad que, después de ocho años de cruento padecer, nos ha llegado una tregua y aparentemente se observa bonanza y tranquilidad; pero es una serenidad siniestra que presagia una tormenta de más grandes y pavorosas proporciones. La Tercera Internacional Bolchevique, de Rusia, que labora por medio de agentes verdaderamente diabólicos en todo el mundo, ha dado su norma respecto de Colombia y, según publicaciones de la prensa católica, hace unos tres años, las logias, en connivencia con los tentáculos de la Internacional moscovita, utilizarían para sus siniestros planes el espíritu revolucionario del anterior mandatario y la mentalidad pacifista y las maneras delicadas del actual presidente. ¿Y qué resultará de ahí? Nadie puede preverlo; pero es lo cierto que la masonería no cejará mientras no acabe de arrebatrar a Colombia católica lo poco que le queda.

Educación laica. ¿Que será osado a negar que la educación en nuestra patria se va volviendo prácticamente atea? Sí aparece la enseñanza religiosa en los programas; pero ¿cuáles son las tendencias en las altas esferas, donde se emplea como encauzadores de la educación a extranjeros sin religión, expulsados de otras naciones, y se pone al frente de las cátedras de primera y segunda enseñanza a elementos de ideas neutras o, lo que es peor, anticristianas y depravadas costumbres? ¿Qué significa el despido sangriento de religiosos meritísimos de varios establecimientos de primera y segunda enseñanza y de artes y oficios? ¿Qué significan las universidades y colegios *libres* y la creación de liceos como los de Antioquia, en el año pasado, sino la tendencia a la exclusión y suplantación definitiva de profesores y maestros religiosos, para que, adormecidos los católicos, la enseñanza se laicice al fin totalmente? Todo en nuestra patria respecto de educación deja ver las garras de la fiera, que busca abatir las cruces y descristianizar al pueblo. Díganlo si no los libros de ideas torcidas y malsanas que andan por escuelas y colegios, las revistas pornográficas, los cuadros murales indecentes, los profesores y maestros sin pudor o de costumbres depravadas que enseñan a los niños y a los jóvenes y a las doncellas en teoría y a menudo en la práctica los misterios de la naturaleza que todavía era preciso ocultarles, o les descubren los secretos del vicio so pretexto de educación sexual,

contrariando así las enseñanzas de Pío XI en su encíclica sobre la educación. ¿Quién podrá contar el número de maestros deshonestos y borrachos y de maestras de malas costumbres que dirigen escuelas en Colombia? No cabe duda que la educación se corrompe, porque el enemigo sabe que, corrompida la niñez, se corrompió la sociedad.

Leyes. En nuestras pastorales, de dos lustros a esta parte, hemos levantado nuestra voz pastoral previniendo a los fieles contra las leyes inicuas que darían congresos enemigos de Cristo. Muchos no creyeron, pero así viene resultando con la amenaza de continuar a medida que el pueblo se vaya acostumbrando al mal. Allí está la Constitución del 36, que prescinde de la religión de los colombianos, la religión católica; allí está la Ley de bienes de utilidad común, reglamentada con decretos marcadamente tendenciosos para lograr al fin la secularización de las casas de beneficencia; allí están los proyectos de ley sobre cementerios, sobre matrimonio civil, sobre divorcio vincular, etc. ¿A dónde iremos al paso que nos llevan los enemigos de Cristo y secuaces de Belial? A la soviétización porque suspira la masonería, rectora secreta de nuestros destinos.

A pesar de todo esto, se asegura que está afirmada la tranquilidad en nuestra patria. Sí, la tranquilidad del volcán que va a estallar, la serenidad que presagia la tormenta. Las disposiciones sobre registro civil, verbigracia, son una prueba de la paz que impone el cazador a la presa que cae al golpe de la escopeta, aunque sea contra derechos sacratísimos, como son los que impone el Concordato, contrato bilateral. La insistencia sobre la laicización concordataria de los cementerios es otro motivo no de paz religiosa sino de intranquilidad.

Podría ocurrírsele a algún legislador la afirmación de que los cementerios deben laicizarse porque no pueden establecerse separaciones entre los muertos, enterrando a unos (los que mueren cristianamente) en el lugar sagrado, y a otros (los que mueren fuera de la Iglesia o los suicidas, etc.) en un lugar sin bendecir. La Iglesia no hace más separaciones ni más grandes que las que hará Cristo en el día del juicio universal: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno" (Mateo 25, 41), dirá a los malos; "Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo" (Mateo 25, 34), dirá a los buenos. La separación entonces será de almas unidas a sus cuerpos y por toda la eternidad. Juzgamos que, si Dios hará la separación de los buenos y de los malos, la Iglesia tiene el derecho de separar los cuerpos de los que murieron en su seno de aquellos que murieron fuera de ella. Según el criterio de aquel legislador de que hablamos, no tendrían razón de ser los leprosarios ni los hospitales de tuberculosos ni las colonias penales, porque hay separaciones.

Podría ocurrírsele también afirmar que es una crueldad enterrar a algunos fuera del lugar sagrado y que urge dar la ley de administración civil de los cementerios para impedir las lágrimas inocentes y las hondas amargas de los deudos cuando son enterrados sus seres queridos fuera del lugar sagrado, y que nada ha hecho correr más llanto ni ha causado mayores sufrimientos que esa odiosa separación de los sepulcros. En primer lugar, las guerras civiles han sido más crueles que los cementerios y han hecho derramar más lágrimas. El asesinato impune, multiplicado en Colombia hasta lo infinito, los incendios y depredaciones, la violación de los hogares y la propaganda o la tolerancia de todos los vicios han sembrado mucho mayores

amarguras que los enterramientos fuera del campo santo a unos cuantos suicidas o impenitentes. Por otra parte, las lágrimas no son, no pueden ser jamás causa ni motivo para dictar leyes, ya que, según la definición misma de la ley, esta no es ordenación del sentimentalismo o de las tristezas y las lágrimas y las amarguras, sino *ordinatio rationis* ("ordenación de la razón"), dice la filosofía, para el bien común hecha por aquellos que tienen la autoridad. Un congreso no puede guiarse por sentimentalismo sino por la recta razón para dictar leyes.

¿Qué nos esperará este año a los católicos de Colombia respecto de leyes? Los hechos nos lo irán diciendo.

El *laissez-faire*. Otro gravísimo mal en nuestra infortunada patria es el "dejad hacer", herencia de la Revolución Francesa, que las ideas modernas imponen aunque vaya contra las leyes de Dios, las leyes de la naturaleza o las leyes mismas de la República. Esa ideología de falsa libertad, que invade las mentes de los que gobiernan y de los súbditos, de los magnates y de los del pueblo, está formando una mentalidad paganizante en un todo, averiada, y de consecuencias desastrosas para el bien común.

Consecuencias de ese dejad hacer son los cines corruptores. ¿Quién no reconoce que los cines son la peor escuela de asesinatos, robos y deshonestidades? El noventa por ciento de las cintas de la pantalla son malas o escabrosas. ¿No habrá remedio a tanto mal? ¿Los encargados del bien público no podrían legislar contra él? ¿Cuánto bien resultaría si el cinematógrafo fuera escuela del bien!

Son los periódicos de ideas avanzadas, los cuales forman la opinión popular, y esta es torcida porque torcidas son las ideas propagadas por el diario despreocupado y laicizante. Y qué tendenciosos son ellos también y cuántos francamente opuestos a las doctrinas de Cristo y de su Iglesia.

Son las revistas pornográficas que circulan libremente entre las manos de los jóvenes y las doncellas, los niños y los vicios, en las librerías y en los almacenes, en los trenes y en los aviones. Excitan la imaginación y encienden las más ruines pasiones. ¿No se podrían dictar leyes más severas y hacerlas cumplir juntamente con las ya existentes?

Son los libros y novelas que como una inundación de fango envuelve los espíritus y anega las almas. ¡Qué penoso es ver, por ejemplo, una dama cristiana o una doncella casta con semejantes inmundicias en sus manos y ante sus ojos, haciendo penetrar hasta el fondo de su alma esa podredumbre escrita!

Son las emisoras de radio, hartas a menudo desvergonzadas, que echan a los cuatro vientos sus conferencias y charlas disolventes o irrespetuosas de la dignidad de los radioescuchas, irreligiosas con mucha frecuencia, revolucionarias y deshonestas. Si la prensa y la radio se emplearan siempre con espíritu cristiano y la corrección debida, ¡cuánto bien se haría! Mas, aunque es un invento precioso, se emplea también para el mal. ¡Y a ningún legislador se le ocurre ordenar este invento!

Son las fiestas sociales. Los clubes modernos, cabarés aristocráticos, ¿qué son en realidad?, ¿reuniones meramente sociales? Allá va el gran mundo a dejar la virtud en trizas, aunque haya excepciones honrosas. “¡Ay del mundo por los escándalos!” (Mateo 18, 7), dijo un día Cristo. “No ruego por el mundo” (Juan 18, 9, dijo en otra ocasión. Es que las fiestas sociales de hoy son el *summum* del mundo maldecido por Cristo.

Son los baños mixtos vergüenza de la sociedad, son las desnudeces de las modas, la pérdida del pudor, la libertad de las jóvenes y aun de las mujeres casadas que van y vienen solas o acompañadas solamente de sus novios o de sus amigos, de día y de noche, por pueblos, veredas y despoblados, expuestas a perder su virtud y su honor; es la oleada pavorosa del adulterio y de la fornicación que se viene adueñando de la sociedad. ¡Entretanto, los padres, madres y esposos duermen tranquilos...!

Son los prostíbulos, con nombre de cafés o de cantinas, multiplicados hoy hasta lo infinito, en donde se trafica con carne humana, decimos mejor, con las almas que Cristo redimió con su preciosa sangre. Sí, los horrendos prostíbulos donde sucumben la virtud y los derechos al amor, a la felicidad y hasta el pan de las legítimas familias que allá en la montaña lejana o en el valle retirado lloran sus miserias, sus hambres, su desnudez, su desamparo; y con harta frecuencia, sobre los inenarrables dolores de las almas, se ven obligadas a soportar los tormentos de los cuerpos contaminados por culpa de los que en el prostíbulo encontraron la propia desgracia y la desgracia de los hijos. Pobres esposas cristianas, pobres hijos de sangre envenenada, víctimas inocentes de la corrupción reinante por obra y gracia de esas casas de prostitución y de la pasividad de las leyes y de las autoridades que prosiguen diciendo: dejad hacer.

Son las desobediencias y la rebelión de los hijos contra los padres y en general de los inferiores contra los superiores, sin que pueda encontrarse la manera de que los súbditos se sujeten a los que gobiernan con justicia y con derecho. Hoy no se entiende esa palabra sujeción, obediencia. Se sigue repitiendo el *non serviam* de Luzbel y de los ángeles rebeldes en el cielo; y, en la tierra, la humanidad sigue comiendo la fruta prohibida.

Son la indiferencia, la irreligiosidad y el desprecio de los preceptos divinos y de las disposiciones de la Iglesia. Hoy ya no hay afán por el cumplimiento pascual ni por la misa dominical ni por el deber en general.

Es la despoblación de los campos y el hacinamiento de multitudes ingentes en las ciudades en busca de trabajo. La causa de este mal tan grande radica en el hecho de que los ricos y acomodados de los pueblos y de los campos se trasladan a las ciudades a disfrutar de sus rentas. Los sanos campesinos sin empresas en sus montañas se van también a los centros donde encuentran diversiones a porrillo y corrupción sin límites, y se arruinan moral y materialmente. Fueron a buscar la vida y encontraron la muerte. Entretanto, los campos, enantes feraces y productivos porque los fertilizaba el sudor de frentes honradas, se convierten en yermos donde solo se producen zarzales y espinas. Y en el corazón del campesino cristiano crecen también malezas y abrojos en el orden moral. ¿Quién remediará este mal?

Son la ociosidad y la vagancia que han tomado un auge pavoroso en los últimos tiempos. Hombres maduros y jóvenes en la exuberancia de sus floridos años andan por esas calles y por esos ventorrillos de las carreteras siempre ociosos. De allí la ratería, la seducción de la inocencia, la disolución de costumbres, el cansancio con la vida y hasta el suicidio. Por eso dijo el sabio que la ociosidad es madre de todos los vicios. ¿Cuándo se harán cumplir las leyes sobre vagancia? ¡Ah, los resultados del dejad hacer!

Es la embriaguez mal endémico en Colombia. El pan de muchos hogares se queda en la cantina. La salud individual se compromete, la raza se debilita en el orden intelectual y en el orden físico, se perturba la paz de los asociados en esos días y, en esas noches de jolgorio y de embriaguez, se envilece el pueblo y la patria se cubre de ignominia. ¿Y se preocupan de este mal de incalculables proporciones nuestros gobiernos? ¿Se legisla acaso contra uno de los más graves desórdenes en nuestra infortunada patria? ¿Se cumplen por ventura las leyes existentes contra la embriaguez? Pero ¿quién va a dar esas leyes y quién va a hacerlas cumplir, si las rentas principales de Colombia proceden del vicio? Con razón dijo un moralista que, mientras un país fuera cantinero de profesión, no podría proveer al bien común de los asociados. Gobierno que tenga que acudir al licor para hacerse a rentas será siempre un gobierno sin bases de estabilidad y sin resultados benéficos. En nuestros viajes a Europa no vimos por parte alguna, ni en ciudades ni en pueblos ni en domingos ni en fiestas, ese espectáculo vergonzoso que presentan las calles y plazas y hasta los campos de nuestra infortunada patria colombiana repleta de borrachos. ¿No podría nuestra patria dejar esa profesión de cantinera y atender al clamor de la ciudadanía sana restringiendo este azote, el más terrible de nuestro suelo?

Son, en fin, tantos vicios en muchos de los representantes de la autoridad: empleados borrachos, amancebados, escandalosos, perjuros, blasfemos, ignorantes de sus deberes, incumplidos, que nombran subalternos como ellos, mantienen en zozobra los pueblos en que trabajan, provocan zambras y desmanes, no administran justicia y permiten toda clase de desórdenes de los cuales son a menudo los autores, cumpliendo así el lema de la masonería que se ha puesto en práctica en Colombia: "Corromper para reinar", lema masónico, repetimos, hijo del dejad hacer que venimos comentando. "Para eso somos gobierno", dicen con frescura cuando se les reclama contra sus desafueros y por el cumplimiento del deber.

III

Situación actual de nuestra Diócesis

Aunque muy religiosa nuestra Diócesis y aunque rigen sus destinos espirituales sacerdotes celosos, llenos de piedad, de abnegación y del espíritu de Cristo, no ha podido escapar a aquella serie de males que arriba enumeramos. Situados en su suelo los centros mineros más potentes de la República, la abundancia de dinero hace más palpable y más abundante la corriente de la iniquidad en esos mismos centros. Con todo, damos rendidamente gracias al Altísimo porque, a pesar de todo, se conserva aún en multitud de hogares el espíritu cristiano de otros tiempos. ¿Pero en cuántos hogares, en cuántos? El pueblo en general, *quantum mutatus ab illo*, cuán distinto del de aquellas ¡pocas patriarcales de espíritu genuinamente cristiano! La embriaguez, sobre todo, los vicios vergonzosos, el juego, la ociosidad, la libertad en la mujer se vienen infiltrando con tesón. Allá van algunas de nuestras mujeres, aun de aquellas que se llaman

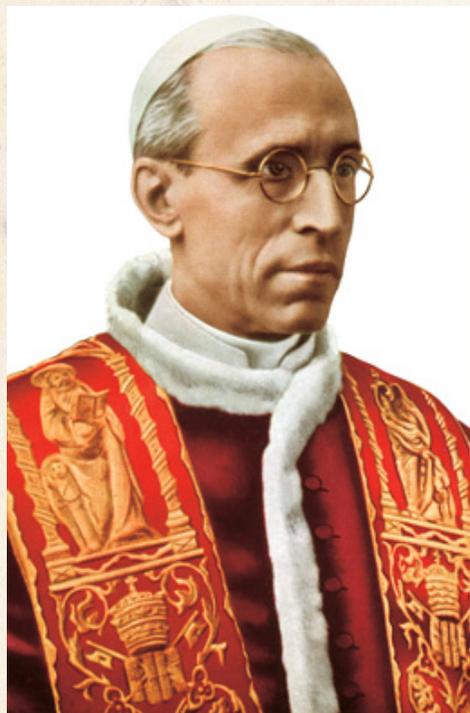
piadosas y honestas: vedlas ineptamente vestidas de hombre porque la moda así lo exige aunque Dios lo repruebe. *Non induetur mulier veste virili... abominabilis enim apud Deum est qui facit haec* ("La mujer no llevará ropa de hombre... porque el que hace esto es una abominación para Yahvé tu Dios" [Deuteronomio 22, 5]). Sí, abominables ante Dios y ante los hombres las mujeres que cambian su veste femenina por una veste hombruna tan solo por agradar al mundo. Vedlas a horcajadas, aunque el pudor lo repruebe, la virginidad se exponga y la misma salud padezca. ¡Ni la higiene moral ni la higiene física se tienen en cuenta cuando la moda impera! *Vae mundo a scandalis!* ("¡Ay del mundo por sus escándalos!") ¿Qué remedios para tan grandes males?

IV Recristianización o catástrofe

Sin la recristianización del mundo y de nuestra patria no queda esperanza: vendrá la catástrofe y esta ya asoma.

Sin Cristo no hay restauración posible. El pueblo, por consiguiente, necesita volver a Cristo o sucumbe. Europa se derrumba al choque de las pasiones y del odio: dejó a Cristo y no evitará su ruina si no vuelve a Cristo. Colombia va volviendo las espaldas a su Dios y, si no se detiene en su sendero, correrá la suerte de los pueblos europeos. Las dulces cadenas de la unión con la Divinidad no pueden romperse ni arrojarse lejos su yugo suave y ligero. *Dirumpamus vincula eorum* –dijeron las naciones depravadas– *et proiciamus a nobis jugum ipsorum*. ("Romparamos sus cadenas, sacudámonos sus riendas" [Salmo 2, 3]). Mas "el que habita en el cielo se ríe, Yahvé se burla de ellos. Después les habla irritado, los espanta lleno de cólera... los machacará con cetro de hierro, los pulverizarás como vasija de barro (Salmo 2, 4-5.9).

¿No será preferible esquivar tan terribles golpes volviendo a Dios y a su Cristo? He aquí los medios.



El gran pontífice reinante Pío XII, en su primera encíclica, da la norma a los gobiernos cuando dice: "La salvación de los pueblos no viene de los medios externos, de la espada, que puede imponer condiciones de paz, pero no crea la paz. Las energías que deben renovar la faz de la tierra tienen que proceder del interior, del espíritu. El orden nuevo del mundo, de la vida nacional e internacional, una vez que cesen las amarguras y las crueles luchas actuales, no deberá en adelante apoyarse sobre la incierta arena de normas mudables y efímeras, abandonadas al arbitrio del egoísmo colectivo e individual. Deben más bien alzarse sobre el fundamento inconcuso, sobre la roca inmovible del derecho natural y de la revelación divina. Ahí debe conseguir el legislador humano el espíritu de equilibrio, el sentimiento eficaz de la responsabilidad moral, sin los que fácilmente se traspasan los límites entre el uso legítimo y el abuso del

poder. Únicamente así tendrán sus decisiones consistencia interna, noble dignidad y sanción religiosa, y no fluctuarán a merced del egoísmo y de la pasión. Porque, si es verdad que los males que aquejan a la humanidad actual provienen, en parte, del desequilibrio económico y de la lucha de intereses por una distribución más justa de los bienes que Dios ha concedido a los hombres, como medios de sustento y de progreso; no es menos verdad que su raíz es más profunda e interna, pues toca a las creencias religiosas y a las convicciones morales, pervertidas con el progresivo separarse de los pueblos de la doctrina y de fe, de costumbres y de moral, en tiempo promovida por la labor infatigable y de la Iglesia. La reeducación, la que quiera que sea efectiva, tiene que ser ante todo espiritual y religiosa; por tanto, debe partir de Cristo como de su fundamento indispensable, tener la justicia como su ejecutora y por corona la caridad”.

Por nuestra parte, venerables cooperadores y amados diocesanos, ¿qué hemos de hacer?

Vosotros, venerables sacerdotes, predicad, enseñad con celo y con espíritu de apóstoles. Predicad a Jesucristo y sus divinas enseñanzas, hacedle amar haciéndole conocer; predicad sin cesar y con amor profundo los misterios de Dios. Haced que penetre más y más la vida sobrenatural en las almas; haced que todas vivan de Dios, porque solo en Dios está la vida y porque Él es la vida. Pero, sobre todo, sed vosotros santos, venerables sacerdotes, para que el perfume de la santidad sature las almas que, por encargo divino, tenéis que salvar. Enfrentaos con todas vuestras armas y todas vuestras energías contra el pecado, único enemigo de Dios y de los hombres, único mal, ya que de él proceden todos los males.

El día en que nuestros pueblos vivan la vida de Dios, la vida sobrenatural para que fueron criados y que es semilla de la vida eterna, ese día se cambiará la faz de la tierra. Comenzad por las familias, hacedlas vivir a Cristo. Santificadas las familias, se santificará la sociedad, se recristianizará el mundo y cesarán los males que lo flagelan. Entronizadles el Corazón divino, Rey de los hogares, para que Él solo viva, Él solo reine, Él solo impere.

Avivad la fe en el pueblo cristiano para que los fieles vivan de la fe. Que conozcan los adorables misterios de nuestra sacrosanta religión y que los vivan. Iluminad las mentes de vuestros hijos en Cristo y huirán las sombras del error y del pecado. Encended sus corazones en el fuego del amor divino y vuestras batallas por la fe serán coronadas por el triunfo. Vosotros, por vuestra parte, amados fieles, escuchad la voz de Dios que brota de los labios de vuestros padres en Cristo, los sacerdotes del Señor.

La presente Pastoral será leída en varios domingos a juicio de los venerables párrocos.

Dada en Santa Rosa de Osos, a dos de febrero de mil novecientos cuarenta, día de la purificación de la santísima Virgen, sellada con nuestro sello y refrendada por nuestro secretario.

+ Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos